



HOMILIA TE DEUM

DIÓCESIS DE VALPARAÍSO

Lugar: Catedral de Valparaíso
Fecha: 15 de septiembre 2021
Hora: 11.00 hrs
Textos: Jr. 31, 31-34; Sal. 133; Jn. 17, 21-23



1. SALUDOS

Al iniciar esta pequeña reflexión saludo y doy la bienvenida a este templo Catedral a las autoridades civiles, militares, cuerpo diplomático, y representantes de instituciones y organizaciones civiles. Saludo a los hermanos miembros de la Fraternidad Ecuménica de Valparaíso, a los miembros de la comunidad Interreligiosa de Valparaíso presentes en este templo Catedral. También saludos a quienes nos acompañan desde sus hogares a través de los medios de comunicación social y plataformas digitales. Sean todos bienvenidos.

2. REFLEXIÓN

Como lo hemos hecho desde los albores de nuestra vida independiente, en torno a cada 18 de septiembre nos reunimos, en los diferentes templos del país, para celebrar el tradicional Te Deum. Lo hacemos con un objetivo: para agradecer a Dios su presencia en medio nuestro y para reflexionar desde la mirada de fe la realidad que estamos viviendo y los desafíos que tenemos por delante.

El texto del Evangelio que en esta oportunidad ilumina este momento de oración es un pequeño pasaje extraído del capítulo 17 del Evangelio de San Juan. Pero para poder comprender este mensaje es importante conocer el contexto de las palabras de Jesús.

El capítulo 17 es conocido como la oración sacerdotal de Jesús. Esta oración sacerdotal sucede después de la última cena. Terminada esta oración Jesús comienza a caminar hacia su pasión.

Por esta oración descubrimos que Jesús tiene claro que se vienen horas trascendentales. Habla que ha llegado su hora, habla de glorificación, habla del don de la vida eterna aquí presentada como el conocimiento del Padre, como único Dios Verdadero.

En la última parte de esta hermosa oración apreciamos en Jesús una especial preocupación por sus discípulos. Hace una contraposición entre estos y el mundo.

De esta parte final de la oración hemos extraído el pasaje que hace unos momentos fue proclamado. En este pasaje hemos visto como Jesús ruega por algo muy particular, la unidad de los suyos. Pero no solo la unidad de quienes le seguían en ese tiempo. Ruega por quienes les seguirán en todos los tiempos.

A lo largo de toda su vida pública, podemos apreciar que en ningún momento Jesús prometió el cielo en la tierra. Siempre habló que se debe seguir el camino estrecho, habló de la necesidad de cargar la cruz, hablo de persecución, etc. En fin, que la vida de los suyos no sería una vida de fantasía. Por lo mismo, para que puedan resistir las adversidades, es fundamental la unidad.

Esta oración que hace Jesús por la unidad, me lleva a mirar, desde la perspectiva de la fe, la unidad existente entre quienes habitamos ésta hermosa “*loca geografía*”, como Benjamín Subercaseaux llamó en su momento a Chile.

No podemos desconocer que desde hace mucho tiempo entre nosotros existen muchos “*Chiles*”. Uno *opulento* capaz de despilfarrar recursos, otro *precario* que no puede contar con esos recursos. También está el *Chile de las elites*, obsesionadas por los debates a veces ideológicos; y el *otro Chile* indiferente a las ideologías, pues igual “al otro día se debe levantar para ir a trabajar”. De igual manera, no podemos olvidar el *Chile de los peregrinos*, quienes no tienen un lugar, muchos de ellos son migrantes, o pertenecientes a pueblos originarios, ellos nos recuerdan a un Chile que se quedó en el camino o que dejamos a un costado de él. Por otra parte, existe un *Chile desconectado*. Compuesto por instituciones o servidores públicos que planean la vida de los ciudadanos, sin saber que la ciudadanía no se siente representada y apoyada por ellos.

Lamentablemente “*estos Chiles*” muy pocas veces se han encontrado y menos han dialogado. Creando entre ellos un abismo cada vez más profundo que no posibilita el encuentro y el diálogo. Y debemos reconocer con dolor, cómo éstos distintos Chiles se descalifican, atacan y agreden.

Ante esta situación ya insostenible, en octubre del año 2017 el Comité Permanente de la Conferencia Episcopal de Chile, a pedido de todos los obispos del país, escribió una carta pastoral titulada “**Chile, un hogar para todos**”, donde ya se hablaba de la necesidad de construir un solo Chile. En esa carta pastoral se mostraban la diversidad existente entre nosotros y la necesidad de derribar los muros que nos separan. Luego de lo vivido en 2019, estas palabras todavía resuenan. La llamada “*crisis de octubre*” no es otra cosa que la explosión de los desencuentros y la falta de diálogo entre todos los que conformamos este país.

Muchos esperábamos que el proceso constituyente permitiera el encuentro, o mejor dicho unificar a “*esos Chiles*”. Esperábamos que los representantes de las diversas realidades lograsen finalmente derribar tantas murallas invisibles que hoy nos separan. Lastimosamente no fue posible y pudimos apreciar como continuaban las descalificaciones de unos sobre otros.

Se habló mucho de la “*casa común*”, pero al final nos dimos cuenta que solo era la casa de unos pocos. En ese contexto, una gran mayoría de chilenos que profesa una religión, muchas veces sentimos que, en este proceso vivido, en esta “*casa común*”, nunca se nos escuchó, ni se nos invitó a dialogar.

Las personas que componen las distintas comunidades de Fe, no queremos ser parte del problema, sino ser parte de la solución. Queremos aportar porque amamos la tierra que nos vio nacer. Y por sobre todo queremos servir, especialmente porque vemos en las personas de este país a el rostro de Dios que nos habla a través de ellos. Queremos ser parte de la solución, porque estamos conscientes que, con nuestra mirada de fe, podemos de ser validos interlocutores y cooperadores en la construcción de una sociedad más justa. Y tenemos la convicción y esperanza de que entre todos podremos lograr construir un país donde reine la justicia y la paz.

Frente a los desafíos que tenemos como país, debo confesar que no tengo una solución o propuestas sobre el cómo debemos desarrollar el nuevo proceso constituyente. No me corresponde presentar respuestas, pero sí narrar nuestra experiencia sobre ser y vivir en comunidad. Porque será a través de esa vivencia donde podremos construir un proyecto de país que incluya a todos:

A quienes les corresponda escribir la nueva Carta Magna, les pedimos que puedan velar verdaderamente por un texto que nos una y nos ayude a vivir en común unión. Que tenga como fuente de inspiración al ser humano, en toda su plenitud, y no las ideologías. Pedimos que sea una Carta Magna que permita, que estos diferentes Chiles desaparezcan y volvamos a ser uno solo.

Deseamos también que la futura Constitución, responda al llamado vital del ser humano, y lo proteja en todas sus fases, desde el momento de su concepción hasta la muerte natural. Como el ser humano es un ser social, también esperamos del futuro texto, que conserve un sano espacio para las familias, que las fortalezca y proteja como principal cimiento de nuestra sociedad.

Por otra parte, nuestro país está compuesto por una gran mayoría creyente, de distintos credos, denominaciones y religiones; con diversos orígenes y tradiciones culturales y espirituales. Y como pueden apreciar en este Te Deum, entre nosotros que somos totalmente diferentes, hemos podido dialogar y perseverar en el respeto, e incluso hemos construido lazos de fraternidad. Porque nos une un espíritu de trascendencia que nos hace salir de nuestra mirada particular y nos ayuda a vivir en comunidad. En ese sentido, las religiones aportan a Chile una mirada trascendente que tiene como fruto ser comunidad, por eso, en una futura Carta Magna no podemos dejar fuera esa mirada de fe, que tanto construye y aporta a nuestro país.

Finalmente, si somos comunidad podremos vencer el miedo. Hoy la ciudadanía vive con miedo, miedo a la pobreza, miedo a enfermarse, miedo a la delincuencia, al narcotráfico, a las balaceras y a los robos. No se puede construir una vida con miedo, porque en el largo plazo nos encerramos, nos privamos de la convivencia en comunidad y renunciamos a nuestra vocación social. No dejemos que el cáncer de la violencia, que se vive hoy en nuestras calles, aniquile la participación ciudadana y las ganas de salir de nosotros mismos para ir al encuentro de nuestros hermanos y caminar juntos. Esto es tarea de todos, no solo de las instituciones policiales, por eso, junto con apoyar a quienes tienen la tarea de la seguridad social, también cada uno de nosotros como ciudadano, debe colaborar para terminar con esta enfermedad.

3. CONCLUSIÓN

Los tiempos que tenemos por delante no solo son interesantes, también son desafiantes. Son tiempos donde todos debemos ser actores en la construcción de un mañana mejor. Y no descansar hasta encontrar soluciones concretas que ayuden a dignificar la vida de miles de hermanos y hermanas. Por esa razón, nuestra tarea pendiente será priorizar el encuentro, donde todos nos escuchemos y dialoguemos, donde finalmente construyamos comunidad, porque en esa mirada común, en esa mirada de hermanos, podremos encontrar a Dios y escuchar claramente lo que nos tiene que decir.

Dios les bendiga.

+ Jorge Patricio Vega Velasco svd.
Obispo de Valparaíso